



OY un psicoanalista salvaje», proclamaba Groddeck en La Haya en 1920, durante el congreso de la Asociación psicoanalítica, en la que había sido admitido «por los pelos» un año antes. Fue allí donde, a sus cincuenta y cuatro años, conoció a Sigmund Freud, que estaba ya en la cumbre de su gloria y le superaba en diez años. Freud, que le había apoyado antes, le acogió calurosamente. Para Groddeck, ser un psicoanalista salvaje no significa practicar un psicoanálisis salvaje, es decir, interpretar caprichosamente a partir de las bases establecidas por Freud. Significa, antes bien, ser un psicoanalista independiente, rebelde incluso, que sigue su propio camino. Mucho antes de estudiar la obra del fundador del psicoanálisis, lo que hizo entre 1910 y 1917; antes incluso de escribirle su primera carta (1917), Groddeck había ya realizado sus propios descubrimientos. Se servirá de Freud, por el que sentirá siempre un gran respeto y una también muy grande admiración, pero no será jamás un simple discípulo. Fiel sobre todo a sí mismo, a su función de médico, sólo adoptará del psicoanálisis freudiano lo que le convenga. Jamás será el médico de las neurosis.

Muchas cosas les separan, cosas que explican esa independencia. La lectura de Freud suscita siempre resistencias. Disuade de o incita a deformaciones, a interpretaciones atrevidas, a utilizaciones recuperadoras. Es inevitable y testimonio de lo que tiene su pensamiento de auténticamente revolucionario. Pero ello se debe sobre todo a que quiere convencer, demostrar, establecer «científicamente». Quiere pasar por la razón para lograr el reconocimiento de la presencia y la fuerza de lo irracional y describir sus estructuras. Y frente a lo irracional demostrado se rebela la razón del lector. También Groddeck trata de convencer. Pero, por una especie de milagro, desborda y desconcierta a las mismas resistencias que suscita. Así no demuestra, sino que muestra. Sostiene como evidente, irrefutable, lo que piensa, y comunica esa evidencia mediante lo que Durrell llama una «transmisión poética». Una

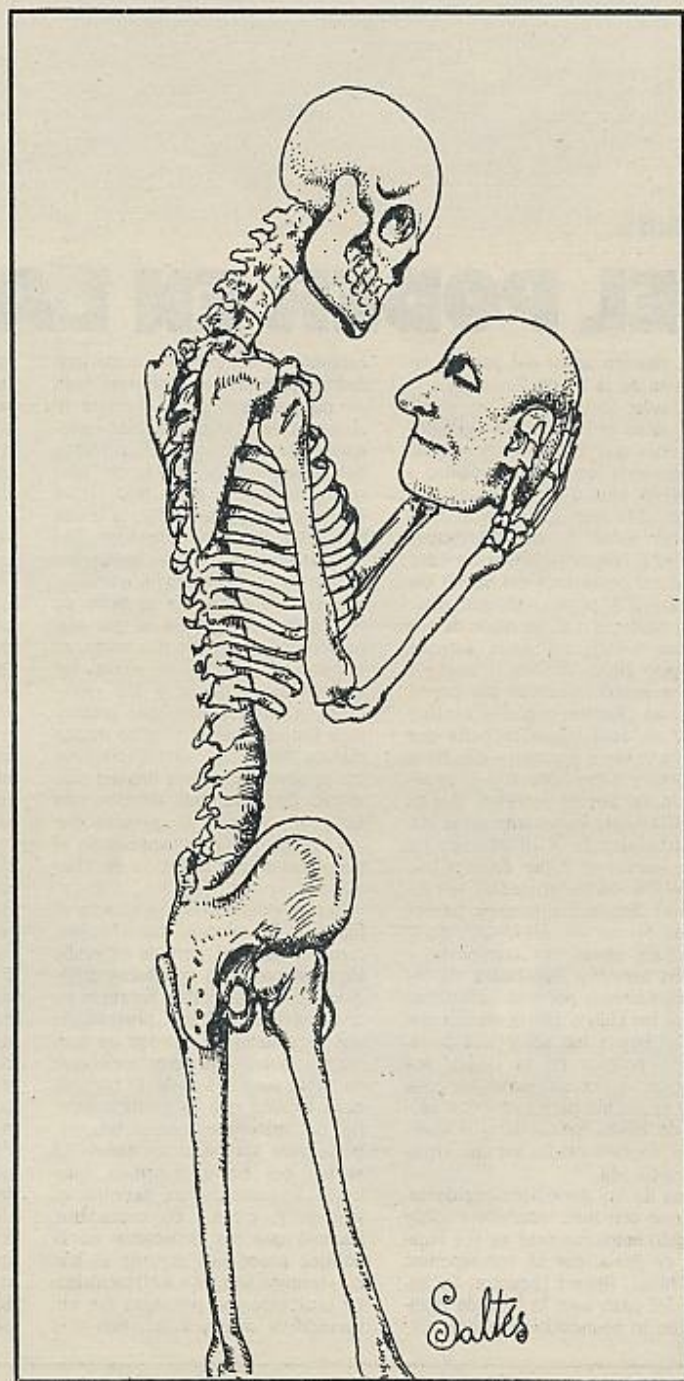
especie de numen rabelesiano, un auténtico don de escritor, una singular capacidad de expresión y una gran viveza narrativa hacen de la lectura del «Libro del Ello» (1) un auténtico placer.

En vano el lector protestará de que Groddeck exagera, en vano se encogerá de hombros; al final

(1) Al mismo tiempo que ha editado Gallimard «El libro del Ello», de Georg Groddeck, ha aparecido la traducción al castellano de Taurus Ediciones, prologada por Castilla del Pino.

ASI HABLA EL CUERPO

Quando comenzamos a leer a Georg Groddeck, sonreímos, nos encogemos de hombros y exclamamos: ¡exagera!; acabada la lectura, sin embargo, nos es preciso admitir una verdad fundamental: no somos dueños de lo que ocurre en nuestro propio cuerpo.



habrá de confesar que el libro le ha conquistado y que en el fondo ha aceptado todo lo que él mismo le proponía. Personalmente he curado a varios enfermos del estreñimiento tenaz que padecían, y especialmente de las conductas compulsivas que acompañaban a su estreñimiento, dándoles simplemente a leer el artículo que ha dedicado Groddeck a esa enfermedad (que no es realmente tal) en «La enfermedad, el arte y el símbolo». Cuando alguien se resiste a creer en la existencia del inconsciente, basta aconsejarle la lectura del «Libro del Ello» para ver cómo termina convencido de la realidad del ello, y de esa verdad esencial de la revolución freudiana que dice que no somos dueños de nuestro cuerpo.

Respetar el «ello»

Freud dedicó su vida a liberar su pensamiento de la pesantez inherente a la ciencia médica. Neurólogo de formación, se empeñó en poner en pie una teoría que fuese «científica» y creíble para los médicos que en su tiempo comenzaban por fin a practicar una medicina positivista. Freud construyó su teoría sobre el modelo de ese tipo de medicina. Poco a poco fue renunciando a la idea de una «causa» que lo explicaría todo y que bastaría con extirpar para curar a los enfermos. Freud se ocupó de elaborar una representación física de la vida psíquica: espacial (con los «tópicos»: el inconsciente, el preconscious y el consciente, y luego el ello, el ego y el super-ego), temporal (con las fases oral, anal, genital) y dinámica (con las pulsiones, la represión, etcétera). Avanzaba poco a poco, antes de dar un nuevo paso se afianzaba bien.



Georg Groddeck.

Nada de eso ocurría con Groddeck. Este se sitúa de entrada al margen de la ciencia triunfante, asume alegremente una actitud pre o poscientífica. Habiendo visto y reconocido ciertas verdades, las dice. Sin preocuparse de su credibilidad, sin molestarse en darles apariencia científica. Médico, hijo de médico, formado por el médico particular de Bismarck, Schweninger, con el que, según escribe Roger Lewinter, «la curación parece un acto de obediencia a las órdenes más que a las recomendaciones del médico»; Groddeck se preocupa esencialmente de curar las enfermedades orgánicas. Utiliza la hidroterapia, los mensajes, la dieta y parece más un curandero que un médico «moderno».

Y, sin embargo, ese «curandero» no se propone esencialmente curar. Para él, el cuerpo y el espíritu no son sino modalidades diferentes de un mismo ser, que no implican más que modalidades distintas de acceso a ese ser. Más que a ese ser, al **ello** que permanece oculto tras él, al **ello** que lo rige todo, que es una especie de Dios Naturalista. Eso, el **ello** que nos gobierna y nos convierte en «enfermos». Todas las enfermedades tienen un sentido, una finalidad. A través de las mismas se expresa el **ello**. Cualquier cosa le sirve de pretexto, todo lo utiliza: los accidentes, los microbios, los venenos, todo lo que la medicina interpreta falsamente como «causas», todo lo aprovecha para decir lo que tiene que decir. Conviene, pues, antes de nada, comprenderlo y respetarlo. Apartarlo eventualmente del modo de expresión que haya podido adoptar, pero no combatirlo ciegamente.

Hay que evitar el comportarse como si la enfermedad fuese algo externo, susceptible de ser extirpado desde fuera. En algunos casos, la enfermedad es preferible a la curación. El papel del médico consiste en asistir al enfermo, no en curarle a cualquier precio.

Groddeck plantó en el corazón mismo de la medicina, la que se ocupa de las personas enfermas en sus cuerpos, la revolución conceptual que alejó poco a poco a Freud y al psicoanálisis de esa medicina. Y del cuerpo. Freud se distanció de la medicina. Groddeck no se salió de su órbita, sino que trató de llevar a cabo una revolución desde dentro.

Un fecundo malentendido

Por eso se le ha llamado padre de la medicina psicosomática. Pero hasta él y hasta Freud, la medicina había sido, por la fuerza de las circunstancias y por escasez de medios, psicosomática. Sólo en el siglo XIX pasó a ser la medicina puramente somática. Si Freud se apartó de ella, no fue sin trabajo y sin antes tomar prestado un cierto modo de pensar. Groddeck incorporó sus conquistas a su práctica, pero logró conservar, sirviéndose de Freud, una visión global del hombre enfermo. La misma visión que, llegada a los límites de su poder, la medicina actual trata de redescubrir. Y no es pura casualidad que el maestro de la medicina relacional, Michael Balint, fuese discípulo de Ferenczy, quien hacia el final de su vida acudió personalmente y con regularidad a la clínica que dirigía Groddeck en Baden-Baden.

Médico, obstinadamente médico, Groddeck sólo goza reconocimiento por parte de quienes no lo son, debido, sin duda, a la nostalgia que aún sienten del «cuerpo». Los médicos, sin embargo, le ignoran, como si la imagen que les ofrece de una medicina total y de un hombre en busca de una plenitud perdida subrayase demasiado crudamente la pobreza mecánica de la medicina actual y la devolviese a su ilusoria certeza de haber conseguido sus fines. ¿O tal vez de haber llegado a su fin? ■
NORBERT BENSARD.

Los Contem pora neos

VIEJA Y SIEMPRE UTIL METAFORA DEL TREN

Chesterton decía que la única forma segura de no perder un tren es perder el anterior. Mal consejo para políticos. Aquí habitualmente, el que pierde un tren se expone a quedarse el resto de su vida en la estación. La vida es corta, el sistema es —ya— largo. Siempre me ha angustiado ver a esas personas que llegan tarde al andén, y cuando ven alejarse el convoy corren sofocados detrás del farolillo rojo, sabiendo que su esfuerzo es inútil. Las carreritas de algunos políticos, tras su futuro que se aleja, están llenas de dramatismo. Dice ahora un comentarista que la sala de espera de los ex ministros está desasosegada por la posibilidad de un excelente tren, el de Roma; está vacante la Embajada ante la Santa Sede. Oigo decir sin embargo, que también se les va a escapar este tren: la plaza está destinada no a un ex, sino a un ministro en ejercicio. Es lógico que para aproximarse al Pontífice vaya un "pontifex", un hacedor de puentes, versado en el "Trivium" y el "Quadrivium". Sobre todo si los puentes están agrietados y hay que restaurarlos rápidamente. O volarlos. Fuere así, y la calma volvería a la triste sala de espera y otra vez a alquilar salones para las conferencias.

Otra vez a esperar que un tren mayor, el de Europa —y, sin embargo, "es peligroso somarse al exterior"—, pueda arrastrar toda la carga. Por cada político que cae —o que no llega— hay un europeísta que nace. Y la metáfora del tren que reaparece: claman todos que estamos perdiendo el tren de Europa. Después de todo, Europa tiene un ancho de vía distinto que el nuestro. Se ha inventado un astuto sistema para modificar los ejes de las ruedas cuando el tren pasa la frontera. Parece que el tren es el mismo, y no lo es. ¡Qué metafórico es todo esto! Los productores de cine habían inventado algo parecido con las dobles versiones: el ancho y el largo de las señoritas de sus películas se modificaba, según la versión fuese para el interior o el exterior. Acaba de pro-

hibirseles la artimaña. Es una de las numerosas prohibiciones de estos últimos días, diversas, heterogéneas, que parecen fuera de relación entre sí, pero que tienen algo bastante común: restaurar el sentido de la realidad, que se estaba perdiendo. Un humorista francés bastante conservador, Paul Guth, me decía hace años en París que los trenes españoles eran los mejores de Europa, porque daban un sentido de la realidad: "ferro-carril", carril de hierro. Si en los de otros países se podía creer que se rodaba sobre seda o terciopelo, en España, el fragor y el sobresalto del hierro estaban presentes en todo momento. Pero llevan a todas partes.

En cuanto a Europa, yo creo que estamos más cerca que nunca de tomar ese tren. Es un momento bueno: el tren se está parando. En cualquier curva podemos saltar a sus estribos desde nuestros viejos caballos. En Europa hay crisis de energía, y a nosotros nos sobra: espiritual, sin duda. Pero la fe mueve montañas. Y si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña. Los mahometanos han ido ahora a la montaña de Copenhague, donde se reunía Europa, todavía sin España. "Todavía" es una frase de sala espera. Fuera de la sala de espera se dice que los mahometanos ya vinieron a España y estuvieron en ella durante ocho siglos, y que la Alhambra es el mejor oleoducto que podemos tener. Quién se lo hubiera dicho a Boabdil o incluso al viejo y querido Rodrigo Díaz de Vivar, que lo que estaba pasando entonces era el establecimiento de una firme amistad que duraría por encima de los siglos. Y de las técnicas. También quisimos hacer un puente —¡qué obsesión!— entre Europa y los países árabes. En cuanto nos descuidemos un poco, serán los europeos los que lo hagan entre los árabes y nosotros. O los árabes quienes lo hagan entre Europa y España. También puede pasar que nadie haga tal puente. ■

POZUELO